



EDITORIAL

Cuando era joven leía casi siempre para aprender; hoy, a veces, leo para olvidar.

Giovanni Papini

Dos de las principales preocupaciones que los países en vías de desarrollo siempre han tenido, ha sido disminuir el índice de analfabetismo e incrementar el número de lectores. En el primer objetivo se han logrado importantes avances, pero no así en el segundo.

Por ejemplo, durante los años noventa en El Salvador se llevó a cabo una exitosa campaña de alfabetización que mereció el reconocimiento de la UNESCO, pues bajó drásticamente el porcentaje de analfabetismo puro (quienes no saben leer ni escribir) y funcional (quienes sabiéndolo, casi nunca lo practican) del 53% al 25%. Sin embargo, al cabo de un par de años el analfabetismo combinado volvió a incrementarse a 55%; la razón: se trataba de neolectores (personas adultas recientemente alfabetizadas) y analfabetas funcionales a quienes les armaron bibliotecas con lecturas discordantes a su nivel comprensivo y contexto cultural. En otros países con índices de analfabetismo relativamente bajos, entre ellos México (9.5%), incrementar el número de lectores ha ocupado mayor importancia en los programas educativos gubernamentales bajo la premisa de que “una práctica más intensa de la lectura es un medio insuperable de aprendizaje, información y desarrollo personal y social” (Programa Nacional de Cultura 2001-2006).

Si bien lo anterior es loable, el escritor Alessandro Baricco al respecto sostiene que es erróneo partir del supuesto de que cada joven que no lee es una pérdida para la civilización, pues no es del todo cierto que —en sus palabras— dentro de 150 años la lectura será “la forma más apta para aprender la utilidad de lo real”. El contrargumento de Baricco toma fuerza al observar que el vertiginoso avance tecnológico y el proceso de globalización nos está rebasando, pues para adaptarse exitosamente a las condiciones cambiantes ahora requerimos del desarrollo de otras capacidades. En esto también coincide Patricia Córdoba, de la Universidad de Guadalajara, quien indica que en algún momento la educación estuvo soportada en la ilustración, luego en el desarrollo de las habilidades y actualmente sobre la utilización directa de capacidades. En ese sentido, al hecho de saber leer y escribir —aunque se practique poco— ahora se incorpora la necesidad de ampliar nuestra capacidad para asimilar la información y para manipular las nuevas tecnologías disponibles como las computadoras y el Internet. A la deficiencia de esta capacidad se le ha llamado ‘analfabetismo tecnológico’, que se considera una variante del analfabetismo funcional. Al respecto se puede comentar que la consulta de las bibliotecas virtuales (acceso a lecturas vía internet) en México es incipiente pues, según datos del 2002, por cada 10 mil habitantes el número de usuarios de internet es de sólo 349, que contrasta con los 2002 o los 1190 usuarios de Chile y Uruguay, respectivamente. Además, de acuerdo con el INEGI, el 39.6% de quienes utilizan el internet lo hacen para consulta, investigación y educación; el porcentaje restante es con fines de entretenimiento, *chat* y correo electrónico, básicamente. El dominio de otros idiomas está estrechamente relacionado con lo anterior, pues la mayor parte de la información, así como las transacciones comerciales son predominantemente en inglés.

Ante esto, las instituciones de educación encaran un problema de doble arista: en el nivel básico, eliminar el analfabetismo puro y funcional; y, en los niveles siguientes, fomentar y priorizar el desarrollo de capacidades del capital humano que, a final de cuentas, es el fundamento del desarrollo y crecimiento de los países.

Luis Brito
Jefe de redacción